

## OBITUARIO

### EL HOMBRE Y EL HISTORIADOR. GUILLERMO PORRAS MUÑOZ

Es frecuente que el intelectual escinda su vida de su obra, que no haya unidad en su personalidad total, una línea continua por la que se pueda precisar y apreciar la secuencia de su pensamiento y el hilo conductor de su acción. Si en alguno de los hombres de letras que hemos conocido hubo unidad entre su forma de vida y su obra, ése fue Guillermo Porras Muñoz. La frase que los oradores de postín utilizan para decir: "Igualeó con su vida el pensamiento", puede ser aplicada íntegramente a mi amigo y cóetáneo Guillermo Porras Muñoz.

Más de cincuenta años de sincera y profunda amistad nos permitieron conocernos, tratarnos, abrigar ilusiones y proyectos afines y comunicarnos, con entera franqueza y sinceridad, todo cuanto hacíamos. Recién llegado de Chihuahua para seguir sus estudios de abogado en la Escuela Libre de Derecho, coincidimos en la carrera. Su franqueza, carácter abierto, simpatía y comprensión nos ligaron por siempre. Si era un estudiante distinguido, disciplinado e inteligente, también era un joven alegre, comunicativo, lleno de simpatía, de risa fresca, de humor festivo. Su hablar grave y lento, como el eco en las grandes distancias, era chispeante; decía sólo las cosas esenciales, precisas, pero seguras y claras.

Por aquel entonces ya lo había picado la araña de la historia y a más de sus lecturas y trabajos jurídicos, le interesaba el desarrollo histórico de México y su provincia. Tal vez la influencia de Leon Barry, sabio e incansable historiador provinciano y de su tío, el distinguido licenciado Guillermo Porras, quien poseía notable biblioteca y gran afición histórica, le condujo hacia estos campos.

Willi, como le llamábamos familiarmente, pronto se incorporó a esa generación de historiadores que surgía de planteles distintos: la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, El Colegio de Mé-

xico y la Escuela Nacional de Antropología; las tres, por cierto, en sus mejores épocas. De la Facultad de Filosofía y Letras procedían su primo Luis Weckmann Muñoz, Josefina Muriel, Guadalupe Pérez San Vicente y Amalia López Reyes. De la Escuela de Antropología eran Adrián León, Pedro Carrasco, Ricardo Pozas, Pedro Armillas, Arturo Monzón, Ignacio Bernal, entre otros. De El Colegio de México éramos Alfonso García Ruiz, Susana Uribe, Fernando Sandoval, Manuel Carrera Stampa, Lina Pérez Marchand, Hugo Díaz Thomé, otros colegas y yo, unos ya desaparecidos, otros aún perseverantes en el trabajo histórico. Todos formamos la sección juvenil de la Sociedad Mexicana de Historia que trabajó paralelamente con la de los mayores: Pablo Martínez del Río, Alberto María Carreño, Miguel Othón de Mendizábal, Silvio Zavala y Wigberto Jiménez Moreno. Más tarde creamos la Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, que publicó los primeros estudios de Ida Rodríguez Prampolini, de Fernando Sandoval, de De la Torre. En tanto concluíamos el estudio del derecho, Guillermo investigaba en el Archivo General de la Nación, en la Biblioteca Nacional, en la Secretaría de Hacienda. De esos esfuerzos salió la edición del *Diario y derrotero* de Pedro de Rivera, uno de sus primeros y sólidos trabajos. Hacíamos reseñas musicales, organizábamos excursiones a sitios históricos y arqueológicos. Son memorables las visitas a Tula dirigidas por el maestro Jiménez Moreno, quien culminaba sus reflexiones en torno de los toltecas y Tula.

Habiendo obtenido el título de abogado y encauzado plenamente en la investigación histórica, obtuvo una beca para proseguir sus estudios en España. Los archivos de Simancas, Madrid y Sevilla guardan constancia de su perseverante y seria actividad. La Escuela de Estudios Hispanoamericanos y la Universidad de Sevilla lo contaron entre sus miembros. Consagrado de cuerpo entero a la investigación, dio cuerpo con enorme rigor y extraordinaria información a varios de sus libros, escritos con claridad y depurado estilo. En la Universidad de Navarra estudió derecho canónico con lo cual obtuvo el doctorado en *Utrouque Jure*. Su profundo sentido religioso le llevó al apostolado que ejerció con gran eficacia y dedicación, tanto en México como en el extranjero. Ello no le privó de proseguir su vocación de investigador, y así en revistas especializadas como la *Revista de Historia de América*, *Revista de Indias*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, en el *Anuario de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos*, en *Humanitas*, en el *Anuario Jurídico* aparecieron de continuo valiosas contribuciones suyas.

Abogado, historiador y eclesiástico, uno de sus temas predilectos fue el estudiar las relaciones iglesia y estado, la labor del clero secular en Nueva España, las instituciones jurídicas y políticas novohispanas y, principalmente, la historia del septentrión novohispano. Su bibliografía es tan vasta como seria, inteligentemente reflexiva y magníficamente informada. Por sus aportaciones a la historia del norte novohispano, mereció se le otorgaran los premios Alonso de León en 1986, Tomás Valles en 1987 y, en el mes de junio de 1988, el Atanasio G. Saravia, que recibió en unión de Peter Bakewell. La Academia Nacional de Historia y Geografía lo recibió como miembro de número en 1975. En 1982 se incorporó al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, donde publicó varios libros de extrema importancia. En 1984 obtuvo la distinción de investigador nacional, y dos años después ingresó a la Academia Mexicana de la Historia.

Sus galardones y los años no le privaron de su simpatía cordial, de su plática llena de chistes oportunos y de su ironía perfectamente aplicada. Siempre fue afable y sencillo, aunque tenía porte de prelado. No se acartonó, ni adoptó solemnidad ni empaque, sino que siempre mantuvo junto a un gran señorío del espíritu y del intelecto un gran optimismo ante la vida, una gran comprensión hacia el prójimo.

Su trabajo histórico revela su recia disciplina, una profundidad reflexiva, el acierto en la elección de sus temas, y un gran sentido de la historia, como expresión humana, palpitante, y no como peso inerte, deshumanizado. Su labor apostólica queda a un lado, limpia, transparente, oportuna. Su conciencia de científico le permitió deslindar su acción pastoral de su labor histórica. Si dos vocaciones movieron su voluntad y acción, él dio a ambas la categoría y la dedicación que merecían. Con enorme escrupulosidad y lucidez dio a Dios lo que era de Dios y al César lo del César.

Chihuahuense de origen, nació el 22 de julio de 1917, falleció en la ciudad de México la tarde del 28 de junio de 1988, cuando hacía planes por su próximo cumpleaños, y se disponía a asistir a una sesión de la Academia de la Historia, de la que era uno de los más cumplidos miembros.

Ernesto DE LA TORRE VILLAR  
*UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas*